

Las elecciones y su resultado

Emilio Ruiz

Enero de 1934

(Tomado de AAVV, *Revista Comunismo (1930-1934). La herencia teórica del marxismo español*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1978, páginas 244-248, que reproduce el artículo publicado en *Comunismo*, número 31, enero de 1934.)

Reiteradamente desde estas mismas columnas hemos señalado la muerte violenta a que estaban destinadas las Cortes Constituyentes: o eran disueltas por el ímpetu revolucionario del proletariado o las liquidaba la contrarrevolución. En su avance, la contrarrevolución terminó con su vida, que las fuerzas obreras no supieron aniquilar. En sí, la disolución de las Cortes fue ya el primer tanto apuntado en el tablero político de la contrarrevolución. En estas condiciones, era también natural, es decir, una consecuencia del propio proceso político, que las tendencias más reaccionarias se presentasen a la contienda electoral en condiciones más ventajosas. Desde el 14 de abril se había procurado cariñosamente dejar incólumes sus bases de sustentación social, y la reacción, bajo el pánico, había recurrido al silencio público, pero no a la inacción. Fortalecida por la política de los que se llamaban sus enemigos en el campo burgués, no tuvo más que alzarse para pasar a primer plano.

En la época actual, en qué los problemas de clase adquieren un carácter muy agudo, pero en la que al propio tiempo la conciencia política de la clase trabajadora no es absolutamente completa, la burguesía tiene necesidad, para defender sus privilegios de clase, de recurrir a la más descarada demagogia. El fascismo es la condensación de la demagogia capitalista; pero aun sin revestir las formas fascistas, la burguesía recurre siempre a métodos semejantes en lo que a promesas y críticas se refiere. El que la reacción haya hecho bandera de los sucesos de Casas Viejas (*¿cuántos Casas Viejas no se han dado y se repetirán durante su dominio?*) es la prueba más terminante de los procedimientos a que se ha recurrido por ella en la propaganda electoral.

El ambiente de pasión y hasta de violencia en que se desarrolló todo el período electoral demostraron que la batalla, a pesar de esgrimirse como arma la papeleta electoral, revestía una gran trascendencia política. Para despertar entre el proletariado el entusiasmo por sus candidaturas, el partido socialista tuvo que destacar como figura eje de la propaganda a aquel de sus jefes que podía llevar al campo y a la ciudad un lenguaje más radical y más prometedor revolucionariamente para el futuro. La complicidad con las tendencias contrarrevolucionarias que desde el poder habían llevado a cabo los socialistas había sido suficientemente clara para que contasen con el entusiasmo de las masas obreras y para poder ofrecer a éstas una garantía para el porvenir. Sin embargo, este radicalismo electoral del partido socialista, que le permitió en la práctica arrastrar tras de sí a grandes masas de trabajadores, objetivamente le fue facilitada por el partido comunista, al mostrarse éste incapaz de conquistar la confianza de las grandes masas obreras y campesinas.

Toda una experiencia internacional, independientemente de los motivos políticos nacionales que lo aconsejaban, nos indujeron desde el momento en que la propia situación política lo facilitaba a lanzar la consigna de un gobierno íntegramente socialista. No hemos de repetir ahora nuestra fundamentación teórica para ello, puesto que nuestros lectores la conocen suficientemente. Queríamos, independientemente de otros puntos, inutilizar la campaña que para reivindicarse sabíamos que realizarían los

socialdemócratas al abandonar el poder. Deseábamos mellarles todo posible argumento. Sería redundancia recoger cómo fue interpretada esta consigna por los más eficaces colaboradores inconscientes o conscientes, que de todo hay en la viña del señor, del reformismo.

Ciertamente que si los socialistas no ocuparon solos el poder, para demostrar a la luz del día cómo incluso con todas las condiciones favorables son incapaces de defender de una manera consecuente los intereses obreros, su actuación en colaboración fue lo suficientemente diáfana para enajenarles la hostilidad de la clase trabajadora. Pero para ello era preciso que un partido, que nominalmente tiene asignadas las funciones políticas que tiene el comunista, fuese capaz de canalizar esta hostilidad, ofreciendo a la clase trabajadora la seriedad de un partido propio revolucionario. La irresponsabilidad con que en todo el período revolucionario español ha procedido el estalinismo, sus gritos en el vacío, su aventurerismo, no han servido más que para fortalecer las posiciones del reformismo entre los trabajadores. Esto se llama en lenguaje liso y llano colaborar en la obra nefasta del reformismo, o del socialfascismo, para emplear el léxico “político” de los estalinianos.

Con ello han hecho posible que después de treinta meses de colaboración en el gobierno, con Casas Viejas, ley de Defensa de la República, ley de Orden Público, ley de Asociaciones, etc., etc., la clase trabajadora se agrupase en torno al partido socialista en la batalla electoral. La clase trabajadora, en general, y con toda clase de reservas, no ocultando a la vez su recelo, ha dado su confianza electoral, que es una manera de dar la confianza política, al partido socialista. Esta es la gran victoria del estalinismo. El número de actas no responde ni de una manera aproximada a la relación de fuerzas salidas de los escrutinios. El triunfo de votación del partido socialista ha sido enorme e innegable. Se ha incurrido en el error, incluso por la prensa obrera extranjera, de considerar las elecciones como una derrota del socialismo. Esto es absolutamente incierto. Si el número de puestos en el parlamento se ha visto sensiblemente disminuido, no es menos cierto que esto ha sido debido a lo anacrónico del sistema electoral (con el sistema alemán de listas nacionales, los socialistas contarían en esta cámara con cerca de 200 puestos). El número de sufragios ha sido verdaderamente extraordinario, y tiene el valor de, con raras excepciones, haberse manifestado sobre candidaturas homogéneamente socialistas, lo que equivalía a una delimitación neta de las demás fracciones de la pequeña burguesía. El partido socialista, su burocracia, ha sido incapaz de presentarnos hasta ahora una estadística de la totalidad de votos obtenidos en todo el país, lo que podrían haber utilizado como arma de agitación y al mismo tiempo para estimar la relación de fuerzas.

Como hemos dicho, la campaña electoral se ha llevado a cabo con el alarde más pronunciado hasta ahora de verborrea radical del socialismo. El que esto haya prendido entre grandes sectores de la masa obrera indica que el comunismo oficial ha sido incapaz hasta ahora de ofrecer a éstos una garantía. Pero también indica que el socialismo, o parte de sus líderes, se han comprometido en un terreno en que no sabrán llegar hasta las últimas consecuencias, y retroceder del cual puede ser nefasto para su porvenir político.

El estalinismo ha batido en esta contienda el *récord* de su propia insensatez y ha probado su retroceso, a pesar de las condiciones favorables de la situación. El estalinismo se distingue internacionalmente por su política de zigzags; pero en las elecciones pasadas las fluctuaciones han sido de un acentuamiento colosal. De la negativa rotunda al bloque electoral con los socialistas en Oviedo, al bloque electoral con un pequeño burgués y un socialista en Málaga, hay toda una serie de matices. En Asturias se rechaza de plano toda alianza con los socialistas, alegando que en la candidatura no puede figurar ningún diputado de las Constituyentes, es decir, del “parlamento de Casas Viejas”. En Málaga, basta que un radical socialista, en un acto público, suscriba unos puntos del programa

comunista (los pequeñoburgueses radicales en periodo electoral, y en España y en todos los países, están dispuestos a reconocer todo lo divino y lo humano que pueda reportarles un voto), para confeccionar una candidatura “roja”. Durante años y años los comunistas no hemos dejado de censurar a los anarquistas que daban sus votos a los Barriobero, Ramón Franco, etc., etc. (que también en el período electoral no dejaban de reconocer hasta las excelencias del naturismo), para incurrir al final en los mismos procedimientos.

Los errores en política pronto o tarde se pagan, y el partido comunista ha pagado en las elecciones todos los errores cometidos desde el 14 de abril. Desde el punto de vista del número de sufragios, no ya desde el de la cantidad de actas, las elecciones han supuesto un fracaso del partido comunista. Nos limitaremos a dos datos, aunque de este género podíamos aportar bastantes.

En Madrid, en las elecciones de 1931, con un censo de menos de 200.000 votantes, el partido obtuvo, en plena borrachera democrática, alrededor de 6.000 votos. En estas elecciones, con un censo de 478.000 votantes, el partido comunista ha obtenido alrededor de 12.500 votos. Es decir, relacionados los dos censos de votantes y los sufragios, resulta una pérdida para el partido oficial. Claro está que los burócratas han encontrado un consuelo a ello hablando del robo de votos comunistas, que no negaremos en los pueblos, pero que es casi imposible en las grandes capitales como Madrid. Badajoz es seguramente la provincia de España de más denso proletariado agrícola y donde la miseria y las condiciones de trabajo son verdaderamente aterradoras. La candidatura socialista obtuvo en la provincia nada menos que la cifra de 127.000 votos; el partido comunista obtuvo sólo 2.200. Y de éstos, sólo en el pueblo de Llerena, que, como es sabido, está bajo la influencia absoluta de nuestra organización, obtuvieron 387 sufragios. Podemos asegurar que, de no haber sido por la aportación franca y resuelta de nuestros camaradas de la provincia de Badajoz, el número de sufragios comunistas se hubieran visto reducidos a la mitad. Y eso que nosotros, según el decir de los estalinianos, desestimamos a los campesinos.

Por si algo nos faltaba por ver, la actitud aconsejada por el equipo de burócratas dirigentes en la segunda vuelta vino a mostrárnoslo. El estalinismo no podía caer más bajo. La repulsa que entre los propios miembros del partido produjo el acuerdo de abstención en la segunda vuelta en Madrid y de mantener las candidaturas allí donde los socialistas habían obtenido mucha más votación, es ya de por sí bastante condenación. Y lo es mucho más si sabe que la táctica preconizada ni siquiera fue atendida por un 5 por 100 de los militantes. De los 12.500 votos obtenidos en la primera vuelta, no llegarían ni a 1.000 los que en la segunda hicieron la estupidez de emitir la papeleta con el “voto al partido comunista”.

La Izquierda Comunista antes del día de las elecciones hizo público su criterio y la táctica que debía seguir la organización: en la primera vuelta, votar al partido comunista; en la segunda, la candidatura obrera que tuviera más posibilidades de vencer. A esta consigna disciplinadamente se han atenido todos nuestros militantes. En Extremadura, nuestros camaradas Félix Galán y Luis Rastrollo, en representación del Comité Regional de la Izquierda Comunista, han tomado parte en los mítines electorales del partido juntamente con los candidatos estalinianos Castelló, Zapirain y Almarza. Trabajaron intensamente la candidatura comunista, y sus resultados se vieron en la práctica en los pueblos en donde nuestra influencia se deja sentir. En Salamanca también nuestros camaradas tomaron al principio parte en mítines electorales. En Pamplona, compañeros nuestros formaron parte de la comisión provincial electoral. Y así en distintos sitios de España. En Madrid, por ejemplo, nuestros militantes formaron parte de los grupos que recorrieron las calles haciendo la propaganda de la candidatura del partido. Nuestra organización es lo suficientemente disciplinada, voluntaria y conscientemente,

para cumplir con las consignas que marca el organismo director. Y aun con todo género de salvedades, y hasta de escrúpulos, mientras bastantes miembros del partido, incluso en la primera vuelta, votaban la candidatura socialista, nuestros afiliados votaron íntegramente la comunista.

Nuestra posición en la segunda vuelta fue de acuerdo con la norma marcada. El Comité Local de Madrid remitió a la prensa el siguiente comunicado:

“El Grupo de la Izquierda Comunista de Madrid, de conformidad con los acuerdos de su Comité Ejecutivo Nacional, ante la segunda vuelta de las elecciones generales en Madrid, se dirige al proletariado fijando su posición política en los siguientes puntos:

1º El acuerdo establecido por el partido comunista oficial invitando a los trabajadores madrileños a la abstención, pues a tanto equivale su resolución de que emitan papeletas con la simple inscripción de “voto al partido comunista”, es un nuevo abandono de la táctica política revolucionaria para caer en el más decadente confusiónismo anarquista. La papeleta electoral es un arma eventual de lucha que debe utilizarse teniendo en cuenta las condiciones de la situación objetiva. El amor propio político es ajeno a toda comprensión positiva de la política revolucionaria.

2º Los actuales avances de la más negra reacción burguesa han sido posibilitados por la política de colaboración claudicante ante el capitalismo del partido socialista español. La Izquierda Comunista no oculta ni ocultará su condenación absoluta y enérgica de la política de la sección española de la II Internacional. Independientemente de esta actitud política, la Izquierda Comunista aconseja a la clase trabajadora madrileña que vote y trabaje con todo entusiasmo el próximo domingo por el triunfo de la candidatura socialista. El carácter de batalla entre marxismo y antimarxismo que la burguesía imprime a la lucha obliga a la clase trabajadora a agruparse en torno de la única candidatura obrera en presencia.

3º El apoyo que la clase obrera madrileña no ha de dejar de prestar el próximo domingo a la candidatura socialista debe interpretarse como un deseo ferviente de frente único de lucha contra la ofensiva de la reacción. La consigna que para las distintas organizaciones obreras debe imponerse en las actuales circunstancias es: marchar separados, pegar juntos; es decir conservar la independencia política y de organización, pero concertar los esfuerzos para atacar a la reacción, defender las conquistas obreras y emprender la acción revolucionaria. Toda maniobra o toda pasividad en este sentido deben ser igualmente condenadas por el proletariado. –Madrid, 30 de noviembre de 1933. –*El Comité del Grupo de Madrid de la Izquierda Comunista Española.*”

Esta nota fue remitida, al propio tiempo que a los periódicos de “izquierda” burgueses, que la insertaron, a la redacción de “El Socialista”, que no la publicó, aun cuando dio publicidad a todas las notas de los partidos republicanos de “izquierda”. Por lo visto, el partido socialista, en lugar de una táctica oportunista por nuestra parte, hubiera deseado un reconocimiento de la *justeza* de su política. Cree, al parecer, que podemos olvidar fácilmente su papel de agente de la burguesía en las filas obreras. Como resultado de las elecciones, la gran burguesía ha salido fortalecida parlamentariamente. Pero se ha demostrado también que desde la proclamación de la República el proletariado ha ganado en conciencia de clase y que ha ido a la batalla definiéndose concretamente bajo una bandera obrera. Por otra parte, no es en el parlamento donde han de librarse las batallas decisivas entre las dos clases antagónicas. Y el proletariado ha demostrado tener una gran vitalidad y estar dispuesto a afrontar las circunstancias.

Las elecciones, en el campo obrero, han sido un magnífico estimulante de su espíritu combativo. Han servido para poner al descubierto todo el tono ofensivo que ha adquirido la reacción y para señalar la necesidad inaplazable de aprestarse a la defensa. El ver cómo ha surgido la conciencia de clase y el sentimiento en todos los explotados de

que es preciso la conjunción de esfuerzos para hacer frente a la burguesía, es el síntoma más alentador. Con satisfacción presenciamos el día de las elecciones, al leerse el resultado de los escrutinios ante la inmensa masa de trabajadores agrupados en la Casa del Pueblo, cómo estallaban en explosiones de entusiasmo cuando los resultados eran favorables indistintamente a socialistas o comunistas. La lectura de una buena votación comunista era acogida con aplausos entusiastas por los obreros socialistas, a pesar de que los votos comunistas eran siempre a costa de los socialdemócratas. Con ello daban a entender su deseo ardiente de frente único.

EMILIO RUIZ

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es